

## EL ELOGIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN CAPMANY

JOSÉ CHECA BELTRÁN  
Instituto de Filología. C.S.I.C.

El elogio de la lengua española no es un argumento nacido en el siglo XVIII; sin embargo, el tratamiento que merece en este período pone de manifiesto determinadas características que lo diferencian de épocas anteriores. Si a medida que avanza el Renacimiento el castellano va presentándose como una lengua segura de sí misma, a la ofensiva, compañera del Imperio y dispuesta a triunfar en otras naciones <sup>1</sup>, en el siglo ilustrado se presenta gene-

---

<sup>1</sup> El concepto del esplendor de una lengua en estrecha relación con el apogeo del país al que pertenece está presente en muchos de los elogios del español escritos en el siglo XVI, en los que se halla ese acento imperialista de expansión y conquista en el doble plano lingüístico y militar. Junto a la idea de "invadir" y "conquistar" lingüísticamente otras naciones había quien defendía incluso la de "saquear": Lázaro Carreter cita a fray Jerónimo de San José que en su *Genio de la Historia* (1651) defiende que "el brío español no sólo quiere mostrar su imperio en conquistar y avasallar reinos extraños, sino también ostentar su dominio en servirse de los trajes y lenguajes de todo el mundo, tomando libremente de cada provincia, como en tributo de vasallaje, lo que más le agrada y de que tiene más necesidad para enriquecer y engalanar su traje y lengua" (FERNANDO LÁZARO CARRETER, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1985, pág. 271). Compárense estas ideas desprejuiciadas acerca de la introducción en el español de elementos pertenecientes a otras lenguas con las bastante extendidas a finales de la centuria ilustrada, en las que se advierte el rechazo y la gran preocupación por la invasión de neologismos o giros sintácticos ajenos a la lengua propia. Indudablemente existen otras diferencias entre los elogios del Siglo de Oro y los dieciochescos; por ejemplo, el latín deja de ser el punto de referencia obligado a la hora de enjuiciar el valor de la lengua vulgar. Pero no es la comparación de los elogios en estas dos épocas el objetivo del presente trabajo.

Antes de seguir adelante hemos de llamar la atención sobre el hecho de que, una vez más, nos encontramos ante un tema dieciochesco inexplorado: el elogio de la lengua española en este siglo está falto no sólo de un estudio panorámico sino que, además, son prácticamente inexistentes los trabajos parciales que pudieran contribuir a dar luz sobre el tema en general. El propósito de este artículo es examinar el problema por lo que se refiere exclusivamente a Capmany.

ralmente como una lengua a la defensiva que intenta reafirmar su valor ante los ataques del extranjero, y, sobre todo, ante la invasión de la lengua francesa.

Estos elogios, que frecuentemente aparecen en escritos de tema más amplio, filológico, defensa de España, elogio de su cultura y literatura, etc., no presentan un carácter uniforme a lo largo del siglo XVIII. Aunque la opinión antiespañola estaba ya constituida en la primera mitad del siglo, es en la segunda parte de éste cuando nuestro país sufre los ataques de mayor repercusión, los cuales comportarán un mayor número de réplicas por parte española. Los elogios de nuestra lengua deberán inscribirse, pues, en ese contexto más amplio de ataques y apologías de España y su cultura. Concretamente, la polémica toma un nuevo rumbo con la aparición de dos obras escritas por jesuitas italianos, la primera de Girolamo Tiraboschi, que en 1772 publica su *Storia della letteratura italiana*, y la segunda de Saverio Bettinelli, *Del risorgimento d'Italia negli studii, nelle arti e nei costumi dopo il mille*, publicada en 1775. Éstos, que achacan la corrupción de la literatura italiana al influjo del mal gusto español, serán contestados por jesuitas españoles exiliados en Italia: Padre Andrés, Tomás Serrano, Lampillas, Masdeu, etc. Más tarde las controversias se radicalizarán aún más como consecuencia del artículo "Espagne", publicado en 1784 en la *Encyclopédie méthodique*; las fuertes críticas que su autor, Masson, dirige a España son replicadas por numerosos escritos, Cavanilles, Denina, Forner, etc., que contribuirán a crear en España un ambiente polémico en torno a los aspectos positivos o negativos de nuestro país. Aunque se habla mucho del pasado, en el fondo se trata de un debate acerca del rumbo ideológico y político que la nación debería seguir en el futuro. Pues bien, es precisamente dentro de ese contexto polémico donde hemos de encuadrar las opiniones que a lo largo de su obra filológica expresa Capmany en relación con la lengua española y que comienzan exactamente en 1773 con sus *Discursos analíticos sobre la formación y perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular*, terminando en 1812 con la publicación de una segunda edición de su *Filosofía de la elocuencia*.

La preocupación por la lengua española es una de las constantes en los escritos de Capmany. Por lo que se refiere a los elogios de ésta, nuestro autor la defiende señalando las cualidades que la caracterizan y confrontando éstas con las virtudes y defectos de otras lenguas, principalmente el francés. Asimismo elogia o critica el castellano según el uso que de él hacen nuestros escritores, señalando de esta manera los modelos a seguir. También se ocupa del problema de la traducción asignando a ésta la potencialidad de influir en el buen o mal estado de nuestra lengua en función del acierto en su realización; relacionado con este tema afronta la cuestión de los neologismos,

palabras técnicas, etc. Así pues, en las páginas siguientes estudiaremos el elogio que del castellano hace Capmany tomando como puntos de referencia principales las cualidades del español y su comparación con otros idiomas, los modelos de lengua y la traducción. Pero antes consideramos conveniente exponer con brevedad las posiciones del autor catalán en 1773, fecha de su primer escrito filológico y fecha también en que compuso su *Comentario sobre el Doctor Festivo*<sup>2</sup>, en el cual nos apoyaremos para conocer su pensamiento de aquellos años.

Esta obra revela una posición lúcida con respecto a los ataques que contra España había dirigido Montesquieu en la número LXXVIII de las *Lettres persanes* (1721), y con respecto a la réplica que a éstos opuso Cالدالو en *Los eruditos a la violeta* (1772). Las argumentaciones de Capmany nos lo muestran como un pensador equilibrado, sin prejuicios a la hora de criticar los defectos españoles, así como dispuesto a acoger todo lo bueno que pudiera venir de fuera. En efecto, aunque el catalán explica que España ha mejorado algo desde que se produjeron las críticas de Montesquieu, admite que muchas de éstas siguen aún vigentes. Son las opiniones de un ilustrado que lucha por el bien de su patria a partir del reconocimiento de los defectos de ésta. Se rebela contra la idea “perniciosa de que nuestra Nación se halla al nivel de las verdaderamente ilustradas”; se hace eco del tópico ilustrado por el que “Hoy en día, las Naciones forman una confraternidad general”<sup>3</sup>. Asimismo, demuestra su admiración por Francia y se declara contrario a la filosofía escolástica. En la disputa antiguos-modernos toma partido por los últimos y reconoce que “nosotros somos de los que menos hemos contribuido para hacer la Europa moderna, tan superior a la antigua” y “por tanto no tienen razón nuestros Paisanos, de enfurecerse contra aquel que les diga que la España ha dormido siglo y medio”. Concluye así: “No adelantemos el amor de la Patria hasta el amor de sus abusos; ni desprecie-mos las demás Naciones, pensando honrar a la nuestra”<sup>4</sup>.

Las pocas referencias que en el *Comentario sobre el Doctor Festivo* existen sobre la lengua o literatura española se reducen a algunas líneas en las

<sup>2</sup> *Comentario sobre el Doctor Festivo y Maestro de los eruditos a la violeta para desengaño de Españoles que leen poco y malo*. Este texto de Capmany, escrito bajo el seudónimo de Pedro Fernández, fue publicado por primera vez en el libro de JULIÁN MARÍAS, del que proceden nuestras citas, *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1963, sin que éste conociera el nombre de su autor. Fue Glendinning quien supo atribuir la autoría del texto a Capmany: NIGEL GLENDINNING, “A note on the authorship of the *Comentario...*”, en *Bulletin of Hispanic Studies*, XLIII, núm. 4, 1966, págs. 276-283. Recientemente ha aparecido una edición aumentada del citado libro: JULIÁN MARÍAS, *La España posible en tiempo de Carlos III*, Barcelona, Planeta, 1988.

<sup>3</sup> J. MARÍAS, *op. cit.*, págs. 186 y 188 respectivamente.

<sup>4</sup> *Ibid.*, págs. 201-202, 214 y 218 respectivamente.

que su autor muestra cierto desacuerdo con Montesquieu, opinando que sí existen libros buenos en España a pesar de reconocer la abundancia de los otros. Su espíritu abierto y receptivo se manifiesta al defender la necesidad del estudio de lenguas extranjeras: "El Español que no poseyese otro idioma que el de su cuna, ¿cómo podrá ni presumir el brillante estado del actual imperio de las Letras?"<sup>5</sup>.

Después de esta aproximación a la mentalidad del Capmany de 1773 pasamos a estudiar diacrónicamente las opiniones que éste sostuvo en sus diferentes obras acerca de los aspectos más importantes relacionados con la apología de la lengua española.

#### CUALIDADES DE LA LENGUA

Los *Discursos analíticos*<sup>6</sup> ponen de relieve una actitud especialmente crítica con respecto a la lengua española que, según su autor, además de los vicios del latín contrajo otros nuevos. También explica "la imperfección de nuestra lengua, poniendo muchos ejemplos de su esterilidad"<sup>7</sup>. En efecto, Capmany incluye ejemplos concretos para ilustrar estos defectos que observaba en el español, pero también se pronuncia sobre las cualidades de éste, lengua "flexible, rica, armoniosa y dulce; y, sobre todo, que tiene la ventaja de poder variar en la composición el orden de las palabras, lo que contribuye mucho para la mejor cadencia y armonía, de cuya calidad carece la Francesa"<sup>8</sup>. Las virtudes de la lengua española, como vemos, son observadas desde su confrontación con el francés que, a pesar de la cita ante-

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 202.

<sup>6</sup> *Discursos analíticos sobre la formación, y la perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular*. El contenido de esta obra lo conocemos, exclusivamente, gracias al resumen que de éste efectúa JUAN SEMPERE Y GUARINOS, *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real, 1785-1789, tomo II, págs. 139-144. Dicho autor reproduce, asimismo, algunos fragmentos de este texto de Capmany, que él menciona como manuscrito. Nuestras citas de éste se tomarán, lógicamente, del libro de Sempere, tal y como han hecho, sin explicarlo, Menéndez Pelayo y otros estudiosos o biógrafos de Capmany, que se hacen eco de dicho texto citándolo como obra impresa en 1776, añadiendo algunos que éste constituyó el primer discurso que el catalán pronunció en la Real Academia de la Historia de Madrid. Lázaro Carreter admite no haber visto jamás esta obra, explicando, así, que sus citas proceden de Sempere. Tan sólo FRANÇOISE ETIENVRE, "Antonio de Capmany censeur à la Real Academia de la Historia (1776-1802)", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Tome XIX/1 (1983), págs. 243-274, explica que los *Discursos* fueron leídos por su autor en la Academia Sevillana. En efecto, el libro de FRANCISCO AGUILAR PIÑAL, *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el Siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1966, nos permite saber que el texto que nos ocupa fue leído por Capmany en dicha academia el 25 de junio de 1773; mi búsqueda de este escrito ha resultado infructuosa, por lo que habremos de conformarnos con el resumen de Sempere.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 140.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 143.

rior, es tratado favorablemente, asignándosele “rasgos brillantes y expresivos” así como “expresiones vivas y enérgicas”<sup>9</sup>, de lo que el español, gracias a las traducciones, se ha beneficiado: “Yo he notado que desde que en España se traduce bien, y se tratan nuevos asuntos, el idioma ha tomado un vuelo sublime, y ha recibido un nuevo lustre ...”<sup>10</sup>. La opinión de conceder a las traducciones la responsabilidad en la mejoría de la lengua española variará radicalmente en posteriores escritos, en los que Capmany culpará precisamente a éstas del mal estado de la lengua.

En su siguiente obra, de 1776, el *Arte de traducir*<sup>11</sup>, nuestro autor continúa atribuyendo a la lengua española las cualidades de “flexible” y “armónica”, sustituyendo ahora el calificativo de “rica” por el de “numerosa”: “Lo enfático, lo conciso, lo rápido, que distingue á la elocucion francesa se acomoda menos à nuestra lengua, mas numerosa, mas armoniosa, mas flexible, menos atada, y uniforme en su sintaxis, y en sus figuras, y rodeos”<sup>12</sup>. Podemos apreciar que Capmany concede a la elocución francesa cualidades que, según él, no posee la española: énfasis, concisión y rapidez; por otra parte, sostiene que la sintaxis española es más flexible, al contrario de la francesa que es rigurosamente uniforme. Se trata de una opinión que aparecerá repetidamente en sus obras, según la cual el francés poseería valores predominantemente lógicos, mientras que el español disfrutaría de una mayor capacidad poética o literaria. En efecto, la lengua francesa, gracias a sus buenos escritores, había sabido crear una sintaxis ágil y concisa, así como adoptar nuevos vocablos, que la hizo más propicia que el resto de las lenguas vulgares para la expresión del pensamiento y de la ciencia contemporáneas. Capmany, como otros de su época, advirtió estas características, de ahí que nos la presente como una lengua geométrica, muy útil para la transmisión de ideas, pero menos apta para la literatura.

De cualquier modo, el *Arte de traducir*, aunque no enfatiza ya las imperfecciones del español como hacían los *Discursos analíticos*, trasluce todavía una actitud bastante favorable para con la lengua francesa<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 142.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 142.

<sup>11</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Arte de traducir el idioma francés al castellano*, Madrid, Antonio Sancha, 1776.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. XI. La idea de falta de concisión en la sintaxis española es sostenida repetidamente por Capmany: “Esta concisión, que forma generalmente entre los Escritores Franceses una cierta manera de estilo oratorio, ya cortando la redondez de una oracion numerosa, ya abreviando los periodos, ya suspendiendo el sentido de la proposicion con cláusulas desatadas, se adapta mas al genio usual de la lengua francesa que al de la nuestra” (*Ibid.*, pág. 71). El uso que Capmany hace de los tópicos retóricos relativos a las cualidades de una lengua está generalmente provisto de una intención significativa.

<sup>13</sup> A propósito de los participios activos dice Capmany de ésta que “ha llegado à

En la edición de 1777 de la *Filosofía de la elocuencia*<sup>14</sup> a las cualidades de “armonía” y “riqueza” de nuestra lengua se suma la de “majestad”, y se explica su carácter armónico: “la lengua española, que tiene la hermosa mezcla de consonantes y vocales dulces y sonoras, se puede llamar la mas harmoniosa de las vulgares”<sup>15</sup>. Pero en esta obra Capmany trata fundamentalmente de la elocución oratoria en general y, aunque aconseja el uso del castellano en detrimento del latín, efectúa escasos juicios acerca de las características del español y de su comparación con el francés.

Un cambio se va a producir con la publicación, siete años más tarde, del *Teatro*<sup>16</sup>, en el que Capmany, a pesar de advertir la “lastimosa degeneración que en estos últimos años iba experimentando nuestra lengua”<sup>17</sup>, efectúa una decidida defensa del español, al que considera superior a las otras lenguas: “Presente tendrán aquel juicio y paralelo que hizo el Emperador Carlos V entre las lenguas que conoció en su tiempo y poseía, quando dixo: que el “inglés” era lengua para hablar con los páxaros; el “aleman” con los caballos; el “francés” con los hombres; el “italiano” con las damas, y el “español” para hablar con Dios. El que escribió que la lengua española era “pura como el oro, y sonora como la plata”, francés era, en Francia escribía, y todavía vive: y á fé que no se puede tachar de parcial á nuestras cosas. Mr. de Alambert ha dicho en sus opusculos de literatura, analizando la harmonia de las lenguas: ‘una lengua abundante en vocales, y sobre todo en vocales dulces como la italiana, sería la mas suave de todas; pero no la mas harmoniosa: porque la harmonia para ser agradable, no debe solo ser suave, sino variada. Una lengua que tubiere, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, sería quizá la mas harmoniosa de todas las modernas’ ”<sup>18</sup>. De nuevo insiste en la “armonía” del español, tal y como hizo en la *Filosofía*, aunque allí no citaba la fuente de sus palabras: D’Alembert<sup>19</sup>, y una vez más define nuestra lengua con cualidades predominantemente literarias: junto a los calificativos de “abundante”, “ri-

---

adquirir en su frase y expresion cierto grado de energía, propiedad, elegancia, y precision que... pierde su fuerza en la nuestra” (*Ibid.*, págs. 48-49).

<sup>14</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 32.

<sup>16</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, Madrid, Antonio Sancha, 1786-1794, 5 vols. Mis citas proceden siempre del Tomo I, precisamente de su “Discurso preliminar” o de sus “Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana”, capítulos éstos que encabezan la obra.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. CXXXVIII.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. CLI.

<sup>19</sup> Acerca de las deudas de la *Filosofía* con la *Encyclopédie* francesa y con autores como D’Alembert, Voltaire, Diderot, Girard, Du Marsais, etc., cfr. mi artículo “Una retórica enciclopedista del Siglo XVIII: La *Filosofía de la elocuencia* de Capmany”, en *Revista de Literatura*, Tomo L, número 99, págs. 61-89.

ca”, “dulce”, “majestuosa” y “armoniosa”, incluye ahora los de “nervio”, “gala”, “energía”, “fuerza” y “expresión”<sup>20</sup>.

La intención de Capmany de sostener el valor de nuestra lengua es evidente en el *Teatro*; sus juicios hemos de enmarcarlos dentro del ambiente polémico que se respiraba en el momento del inicio de la publicación de éste: el reciente artículo de Masson de Morvilliers había provocado la aparición de abundantes apologías de España, generalmente faltas de argumentos sólidos; el escritor catalán, opinando sobre la lengua española y sus escritores, participa tangencialmente en la polémica, aunque de un modo más coherente y equilibrado que la mayoría de los apologistas: reconociendo nuestros defectos e identificando nuestros valores<sup>21</sup>.

Capmany se encontró con el inconveniente de no disponer de razones para defender el español de su época, de ahí que volviera sus ojos a nuestro Siglo de Oro, y de ahí, también, que elogiara nuestra lengua por sus “disposiciones naturales”, motivo por el cual muchas de sus cualidades no podían encontrarse en la lengua escrita sino en los dichos, proverbios o conversaciones de las personas sencillas: “Si bien reflexionamos sobre esta disposicion ó aptitud natural ¿quién podrá negar esta excelencia y ventaja á la nacion española? Quál es la que posee tanta riqueza de caudal nativo para ser la mas eloqüente, aun sin poner en esta cuenta el auxilio de su copioso, vario, y magestuoso idioma? Quando todos nuestros libros no ministren armas para sostener esta arrogante proposicion..., bastarian las copiosas colecciones que se pueden formar de las cosas grandes, sublimes, y graciosas que nuestro pueblo, nuestro obscuro y festivo vulgo, derrama y ha derramado en todos

<sup>20</sup> Para un estudio más detenido de algunas de estas cualidades a propósito de un elogio del siglo XVI, véase FÉLIX SAN VICENTE, “El Arte de la Lengua por Francisco de Medina”, en *Spicilegio Moderno*, 21-22, 1987, págs. 120-141.

<sup>21</sup> En efecto, Capmany marca las distancias que le separan de los malos apologistas diciendo: “he advertido diferentes maneras de manifestar este amor (a la patria): unos lo muestran aborreciendo á los estraños; esto es barbárie: otros pintandonos superiores á todos; esto es sobervia: otros retratandonos perfectos y primeros en todo; esto es vanidad. Si me dicen que con estas armas nos acometen los estrañeros; diré yo que estos son unos imprudentes, unos presuntuosos, y unos embusteros: y sería defender muy mal nuestra causa imitando á nuestros contrarios en la ligereza de su juicio y en la debilidad de sus razones” (A. CAPMANY, *Teatro, op. cit.*, pág. XCII).

Una prueba de que el *Teatro* fue recibido en el momento de su publicación como parte interesada en la polémica de aquellos años la encontramos en una reseña que sobre éste apareció en uno de los más importantes periódicos de la época: “Esta obra sale á la luz en el tiempo más oportuno para destruir las preocupaciones de los estrañeros contra nuestra literatura, produciendo no solo aquella parte apreciable de la eloqüencia natural de nuestro idioma en las obras que nos dexaron escritas en prosa los antiguos Españoles, y de que se han desentendido, con perjuicio de nuestra causa, los que en estos días han tomado á su cuidado hacerse apologistas de nuestras glorias...” (*Diario Curioso erudito, económico y comercial*, Madrid, núm. 153, 30-11-1786, página 241).

tiempos, con la desgracia de que ni la escritura ni la tradición las hayan conservado”<sup>22</sup>.

Esta idea de revalorización del saber natural frente al saber de los libros, que tuvo en Capmany uno de sus principales sostenedores en el siglo XVIII, contiene en el catalán un significado de reacción, o de solución, frente a los abusos “artificiales” de la época barroca<sup>23</sup>, y asimismo se inscribe dentro de una corriente de opinión dieciochesca según la cual las cualidades poéticas se desarrollan muy favorablemente en determinadas comunidades de individuos incultos y sencillos<sup>24</sup>.

Por lo que se refiere a la confrontación de las cualidades del español y francés, Menéndez Pelayo escribía que Capmany, en su *Teatro*, se desató “en invectivas contra la lengua francesa y contra el gusto y estilo de sus escritores”<sup>25</sup>. Estas afirmaciones no se ajustan a la realidad, ya que el catalán, efectuando un recorrido a través de escritores franceses de distintos siglos, llega a explicar cómo la lengua del país vecino ha ido perfeccionándose con el paso del tiempo; así, refiriéndose a determinados autores, explica que son “el mas autentico testimonio de la groseria y dureza del francés del siglo XIII, XIV, y XV, comparado con el del reynado de Luis XIV, que acabó de borrar la ingrata fisonomía del viejo language”, añadiendo después: “Verdad es que en el siglo pasado y en el presente han tenido los franceses un gran número de selectos humanistas, que con acrisolada critica han trabaxado en dar á su idioma claridad pureza y correccion, estableciendo sus verdaderos principios”<sup>26</sup>. Indudablemente cuando se trata de comparar el castellano y el francés se decanta a favor de su lengua, pero no es una toma de posición radical, como afirmaba Menéndez Pelayo, sino bastante matizada, ya que a cada idioma concede unos valores determinados: “Esta lengua universal (el francés), porque se ha hecho el idioma vulgar de las

<sup>22</sup> A. CAPMANY, *Teatro, op. cit.*, pág. XCI.

<sup>23</sup> “Hemos de confesar con lástima y dolor que una nacion tan privilegiada de la naturaleza en agudisimo ingenio y felicisima imaginacion, desperdió casi un siglo entero para desapropiarse de los frutos de su natural cosecha, y engalanarse con flores artificiales” (*Ibid.*, pág. XC).

<sup>24</sup> Incluso parece que Capmany se adscribe a la teoría que explica las diferencias del “numen” de los pueblos según sus distintos climas: “más si (una nación) tiene numen siempre conservará sus luces, que estas no son prendas adquiridas: de la suerte que podrá perder sus dominios, más nunca su valor. Comparemos las plebes, y juzgaremos las naciones por su talento y por sus costumbres: estas son tan diferentes como sus diversos climas. Los cortesanos y los literatos de todos los payses son muy parecidos, porque todos aprenden en un mismo libro, aunque en diversa lengua. No sucede lo mismo con el pueblo. Compárese un hortelano de la huerta de Murcia con uno de la Valtelina, un arriero saboyardo con otro del Viso ...” (*Ibid.*, pág. CI).

<sup>25</sup> MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, CSIC, 1974, pág. 1354.

<sup>26</sup> A. CAPMANY, *Teatro, op. cit.*, pág. CXXIX.

artes y ciencias, ¿dónde tiene la valentía de las imágenes, dónde la gala de las expresiones, dónde la pompa de las cadencias? A pesar de su corrección, pureza, claridad, y orden (que mejor se diría esclavitud gramatical), nada tiene del carácter épico, nada del número oratorio ...”<sup>27</sup>. Como vemos, nuevamente se atribuyen al español unos valores poéticos ausentes en el francés, pero también se asignan a éste valores lógicos de los que carece nuestra lengua. Así pues, no hay invectivas contra el francés ni contra sus escritores que, por el contrario, son elogiados con frecuencia<sup>28</sup>. Aunque el objetivo de Capmany es elogiar el idioma español, cumple esta finalidad con moderación, sin atacar desmesuradamente a otras lenguas, en las que reconoce determinadas cualidades; asimismo, y para diferenciarse de los que se limitaban a la apología sin argumentos contundentes, se preocupa de efectuar una aportación positiva como es la de buscar modelos literarios, principalmente de nuestro Siglo de Oro, como decíamos, que representen dignamente al castellano, ya que, en su opinión, se elogiaban autores españoles que no lo merecían<sup>29</sup>.

En el año 1798 Capmany publica su *Comentario sobre la nueva traducción castellana de las aventuras de Telémaco*<sup>30</sup>, fuerte crítica a la traducción que de esta obra francesa hizo Covarrubias. El tono del escrito es irónico e hiriente, mostrándonos una definitiva sensibilización de nuestro autor ante el problema de las malas traducciones, culpables, según él, de la desastrosa situación en que se encontraba la lengua española. En esta obra efectúa también algunas comparaciones entre la lengua española y la francesa en las que nos presenta de nuevo al castellano como un idioma “sonoro” y “armónioso” frente al francés, poseedor de “claridad, orden y precisión”. De cualquier modo, en esta obra ya se aprecia una actitud bastante más crítica para con la lengua francesa, a la que se refiere en estos términos:

<sup>27</sup> *Ibid.*, pág. CXXX.

<sup>28</sup> “La multitud de libros franceses que de treinta años acá han inundado todas nuestras provincias y ciudades, al paso que nos han ido comunicando las luces de las naciones cultas de Europa, y los adelantamientos que han recibido las artes, las buenas letras, y las ciencias naturales, abstractas, y filosoficas de un siglo á esta parte; nos han también deslumbrado con su novedad y método, y mas aun con la brillantez y limpieza del estilo, que es todo del gusto de los autores, y no del genio y primor del idioma” (*Ibid.*, pág. CXXXVII).

<sup>29</sup> “De esta falsa idea, que del mérito de muchos autores y de su estilo nos han dado algunos modernos que en todo hallan perfección, proviene la mala elección de autores que los pocos cautos y nunca dueños de su dictamen han hecho para su estudio, y el mal gusto de los ejemplos sacados de sus obras para modelos de verdadera locución castellana” (*Ibid.*, pág. V).

<sup>30</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Comentario con glosas críticas y joco-serias sobre la nueva traducción castellana de las aventuras de Telémaco*, Madrid, Antonio Sancha, 1798. Citaré esta obra con la denominación de *Telémaco*.

“arrastrada y dura locucion de los franceses” y “esclava, sorda, y uniforme construccion francesa”<sup>31</sup>.

El *Nuevo Diccionario*, de 1805<sup>32</sup>, a pesar de aludir “á la riqueza respectiva del francés, y á la ventaja que esta lengua lleva en ciertos casos á la española”<sup>33</sup>, se ocupa de matizar esa supuesta ventaja que el francés disfruta frente al español en escritos de tipo científico. Sin negar este hecho, lo justifica diciendo que “esto es confundir el language de los autores con el de la nacion”<sup>34</sup>, es decir, considera que las aptitudes del francés están más desarrolladas para este tipo de escritos gracias a los buenos autores de esa nación, pero no a las cualidades de su lengua: “Los mas desafectos á nuestra lengua, hallan, segun dicen, mas exácta y copiosa la francesa para las materias filosóficas y científicas, en cuya traduccion tocan la esterilidad de la castellana. Estos españoles bastardos confunden en primer lugar la esterilidad de su cabeza con la de su lengua ...”<sup>35</sup>. Capmany no tiene reparo en admitir la superioridad de los escritores franceses de los últimos tiempos en comparación con los españoles, pero ahora es muy claro en precisar que son éstos, y no su lengua, los que nos aventajan, e incluso se permite atribuir al castellano determinadas cualidades “lógicas”, “exactitud” y “propiedad”, que antes le había negado en favor del francés, y es que, como decíamos, estas aptitudes son fruto de la asiduidad de los autores franceses en escritos de tipo filosófico o científico, actividad ésta poco desarrollada por los españoles.

La *Centinela contra franceses*<sup>36</sup>, escrita en época de guerra contra Francia, es fundamentalmente una crítica contra Napoleón y el país vecino. A pesar de no ser obra de contenido filológico nos ocuparemos de ella por contener algunas referencias muy representativas sobre el tema que nos ocupa: aunque menciona en términos muy despectivos la lengua francesa, a la que llama “jerga galicana”, las palabras de Capmany traslucen su conciencia de la efectiva degradación del español y del poco “seso” de los españoles que, según él, por entonces no producían ninguna obra digna. Asimismo, se advierte su opinión de que determinado tipo de escritos, obras de moral, po-

<sup>31</sup> *Ibid.*, pág. 10.

<sup>32</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Nuevo Diccionario Francés-Español*, Madrid, Antonio Sancha, 1805.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. XIX.

<sup>34</sup> *Ibid.*, págs. XX-XXI.

<sup>35</sup> *Ibid.*, págs. XIV-XV. También Capmany había sostenido esta opinión en escritos anteriores.

<sup>36</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Centinela contra franceses*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Cía., 1808. Esta obra tuvo una *Parte segunda*, Madrid, Antonio Sancha, 1808, también escrita por Capmany. Merece ser citada la excelente edición comentada de esta obra (partes primera y segunda) hecha recientemente por FRANÇOISE ETIENVRE, *Centinela contra franceses*, London, Tamesis Books Limited, 1988.

lítica, etc., no se podían redactar en aquel momento en castellano sin recurrir al francés, lengua que nos había invadido antes de que lo hiciera Napoleón. Así, es paradójico que precisamente en la obra donde el catalán se muestra más agresivo con Francia sea donde manifieste con más claridad nuestras limitaciones lingüísticas.

Los cambios que Capmany introdujo en su edición de Londres de la *Filosofía de la eloqüencia*<sup>37</sup> no varían fundamentalmente las opiniones expresadas en los años anteriores. Ahora se declara ferviente patriota y apasionado defensor de la lengua española, y aunque esta actitud no aparecía en la edición de Madrid<sup>38</sup>, sí se había manifestado ya en escritos posteriores a ésta. A pesar del patriotismo declarado, la edición de 1812 evidencia el reconocimiento de la decadencia del idioma español. Por lo que se refiere a las cualidades de éste, la “harmonía, riqueza, y magestad” que se le reconocían en 1777 se convierten ahora en “harmonia, gravedad, y riqueza”<sup>39</sup>; este cambio mínimo y aparentemente insignificante, ya que podría responder a la simple sustitución de un tópico retórico por otro en la expresada adjetivación trimembre del castellano, podría, sin embargo, ser significativo si, como creemos, Capmany continuando una tendencia iniciada anteriormente, se refería a “gravedad” como aptitud para la expresión en el campo del pensamiento, mientras que entendía “magestad” como una cualidad de tipo formal. Así, cuando nuestro autor se refiere ahora a las traducciones del francés, matiza que gracias a éstas la lengua española ha mejorado su capacidad para expresarse en la “parte de las ideas”, aunque haya perdido en la “parte de la elocución”.

#### LA TRADUCCIÓN

Capmany también se ocupó del modo en que la traducción y la introducción de neologismos influyeron en el estado de la lengua castellana. En el siglo XVIII el mal estado de nuestro idioma se atribuyó principalmente a los siguientes motivos: abusos de la época barroca, malas traducciones y falta de buenos escritores. En los años en que Capmany plasmó su obra se hizo especial hincapié en la importancia de las traducciones. En efecto, François López señala que en el período 1784-1788 el 25,6% de los libros publicados

<sup>37</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Filosofía de la eloqüencia*, Londres, H. Bryer, 1812.

<sup>38</sup> Sobre las diferencias entre las dos ediciones véase mi estudio: *Una retórica enciclopedista del siglo XVIII*, art. cit.

<sup>39</sup> A. CAPMANY, *Filosofía*, 1777, op. cit., pág. XVI y A. CAPMANY, *Filosofía*, 1812, op. cit., pág. XII.

en España corresponden a traducciones, la mayor parte del francés<sup>40</sup>. Esta abundante proporción obedecía a la necesidad, reconocida ampliamente, de traducir obras extranjeras que permitieran introducir las nuevas ideas y los últimos adelantos científicos, pero, al mismo tiempo, se reconocían las consecuencias negativas que ello podría acarrear para el español: introducción de galicismos innecesarios, contaminaciones sintácticas del francés deformadoras de la frase castellana, etc. El autor catalán concedió siempre una gran importancia a esta cuestión, en conexión con la cual se encontraba el problema de la creación de palabras técnicas, cuya indefinición en español requería una urgente solución.

Los *Discursos analíticos* reflejan la opinión de que el castellano se encuentra en un buen momento gracias, precisamente, a las traducciones y a la introducción de "voces científicas". Su actitud aperturista le lleva a defender abiertamente la libertad de valerse de "rasgos" de otra lengua, refiriéndose indudablemente al francés: "Si yo hubiese de hablar aquí del estilo, haría ver, que éste también se ha reformado prodigiosamente, desde que los traductores han tenido la noble libertad de valerse de ciertos rasgos brillantes y expresivos de otra lengua, para hermosear la nuestra. Este ánimo consiste en saber arriesgar algunas expresiones nuevas, para traducir las vivas y enérgicas del original"<sup>41</sup>. Sin embargo, unos años más tarde, en el *Arte de Traducir*, se muestra contrario a las traducciones que calcan las expresiones del francés, y su visión acerca de la situación del castellano ya no es tan optimista. Sus opiniones acerca de la traducción son más rigurosas y matizadas: comienza explicando la dificultad intrínseca de la tarea de traducir, ya que si, por una parte, no es posible efectuarla literalmente, por otra, el hacerla con excesiva libertad comporta abundantes riesgos. Después de afirmar que no se puede hacer una traducción sin el perfecto conocimiento de las dos lenguas, critica los diccionarios de Francés-Español existentes en aquel momento, intentando mejorar esta situación con la publicación de la obra que tratamos<sup>42</sup>.

Capmany, consciente de la gran ventaja que Francia nos llevaba en la investigación científica, sostiene en el *Arte de traducir*, al igual que lo hizo

<sup>40</sup> FRANÇOIS LÓPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*, Bordeaux, Université de Bordeaux, 1976, págs. 474-477.

<sup>41</sup> J. SEMPÈRE Y GUARINOS, *op. cit.*, pág. 142.

<sup>42</sup> Capmany advierte de la necesidad que en España se tiene de un diccionario Francés-Español, falta "reparable siempre que una sociedad de Literatos se encargase de este ramo del comercio de las Musas, que interpretando los idiomas cultos, hace mas comunicables las luces, y mas sociables las Naciones". A. CAPMANY, *Arte de traducir*, *op. cit.*, pág. XII. La idea de crear una Academia de traductores fue defendida también por Juan y Tomás de Iriarte entre otros: Cfr. F. LÁZARO CARRETER, *op. cit.*, pág. 278.

en los *Discursos analíticos*, la necesidad de la traducción de libros franceses que introduzcan en España las “luces” de la nación vecina, concediendo prioridad a la transposición de escritos científicos y reconociendo la superioridad del francés como lengua más idónea para la expresión en el campo de las ciencias<sup>43</sup>. La preocupación de Capmany por aumentar el vocabulario científico del español es patente en esta obra, donde se incluye un breve apéndice titulado “Traducción de algunos nombres técnicos”, y continúa en la edición de 1777 de la *Filosofía*, en la que habla concretamente del nuevo lenguaje científico que entonces adoptaban la política, náutica, física, medicina y filosofía racional, y que ningún escritor podía ignorar. Nuestro autor es consciente de que “cada siglo determina una parte de la lengua à medida que las costumbres y los conocimientos se alteran, depúran, ò multiplican”<sup>44</sup>.

Un cambio considerable advertimos en el *Teatro* donde, si bien Capmany reconoce la necesidad de dotar al castellano con las palabras técnicas de que carece, ya no recomienda vehementemente, como antes, la traducción de libros científicos franceses donde encontrar dichas palabras, sino que ahora propone acudir al latín o griego para, a partir de ellos, y según las características del castellano, crear los términos que necesitamos, ya que “el vocabulario científico y el filosófico no es francés, ni alemán, ni inglés: es griego ó latino, ó formado por la analogía de los idiomas vivos, de raíces ya griegas ya latinas, que cada nación forma ó adopta quando ha de escribir en aquellos generos, conformando la terminacion de las palabras advenedizas, ó recién refundidas, á la indole de su lengua propia”<sup>45</sup>. Esta orientación nacionalista que Capmany comienza a observar con respecto a esta cuestión, y que será sostenida igualmente en obras posteriores, se reafirma en otros pasajes del *Teatro* en los que incluso llega a afirmar que el español ya posee en la lengua no escrita esas voces que andamos buscando en el extranjero: “exclaman que carecemos de voces para las artes. Pregúntenselo al labrador, al hortelano, al artesano, al arquitecto, al marinero, al náutico, al músico, al pastor, etc.; y hallarán un género nuevo de vocabularios castellanos, que no andan impresos, y que no por esto dexan de ser muy propios, muy castizos, y muy necesarios de recopilarse y ordenarse, para no haber de mendigar todos los días de los idiomas extranjeros lo que tenemos, sin cono-

<sup>43</sup> “Desde que el idioma francés se ha hecho en este siglo intérprete de los conocimientos humanos, esto es, de las verdades y errores antiguos y modernos, debemos confesar que la Francia ha hecho sábida su lengua consagrándola al idioma de las ciencias”. A. CAPMANY, *Arte de traducir*, *op. cit.*, pág. XI.

<sup>44</sup> A. CAPMANY, *Filosofía*, 1777, *op. cit.*, págs. 55-56. Sin embargo, en este libro Capmany trata muy de pasada el tema de la traducción y de las palabras técnicas.

<sup>45</sup> A. CAPMANY, *Teatro*, *op. cit.*, pág. CXXXIII.

cerlo, en el propio nuestro. A donde este no alcance, adoptense voces nuevas, en hora buena”<sup>46</sup>.

Esta defensa de la capacidad del español para satisfacer las necesidades del nuevo vocabulario técnico constituyen la respuesta patriótica de Capmany a los ataques a España de los que ya hemos hablado, y se corresponde con la posición de éste respecto a la situación de la lengua española, que ahora considera degradada, y respecto al origen de esa degradación de nuestro lenguaje “que se corrompió y desfiguró en este siglo con las pesimas traducciones de libros franceses”<sup>47</sup>. De cualquier modo, insistimos en que esta defensa nacionalista que el escritor catalán efectúa de la lengua española es coherente y mesurada, admitiendo, por ejemplo, la introducción de los neologismos necesarios a nuestra lengua y manteniéndose alejado de maximalismos puristas.

En 1798 Capmany sigue preocupado por la corrupción de la lengua española como consecuencia de las malas traducciones; su *Telémaco* está escrito precisamente con la intención de “vengar la lengua española de los ultrages que recibe todos los días de los malos traductores” tal y como afirma el autor en la nota inicial del libro. La gran agresividad de las críticas vertidas en éste nos hacen pensar en que el tema de la precisión en las traducciones comenzaba a ser obsesivo para nuestro autor. Desde luego su buen conocimiento tanto del español como del francés explica el hecho de que cualquier incorrección dañara su sensibilidad filológica.

El autor del *Nuevo Diccionario* explica que acometió la tarea de escribirlo debido a la inexistencia de alguno que fuese aceptable y para mejorar el estado de la lengua española, enferma por culpa de las malas traducciones y por el desconocimiento que de los buenos autores españoles tienen los traductores. Continuando con la línea iniciada en el *Teatro* pone en práctica ahora el recurso a las lenguas latina y griega para el enriquecimiento de nuestro vocabulario científico, así como el recurso a la lengua oral para mostrar la riqueza de nuestro vocabulario común<sup>48</sup>.

<sup>46</sup> *Ibid.*, págs. CLXVIII-CLXIX. La preocupación por disponer de un vocabulario técnico genuino era compartida por otros filólogos y estamentos; destaquemos el *Diccionario* de Terreros. A este respecto véase F. LÁZARO CARRETER, *op. cit.*, págs. 285-287.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pág. IV. Capmany había tenido suficientes oportunidades para cerciorarse de la deformación del español, como consecuencia de las malas traducciones, gracias a su trabajo como censor en la Real Academia de la Historia, donde hubo de examinar y criticar detenidamente muchos libros traducidos del francés. Sobre este particular véase F. ETIENVRE, *art. cit.*, págs. 248-254.

<sup>48</sup> Están por investigar las aportaciones al léxico español que Capmany efectuó con este libro, en el que nos dice: “La misma libertad que se han tomado los franceses para ennoblecer y enriquecer sus escritos didácticos, ó de pura erudición, tenemos nosotros quando queremos escribir, ó traducir... Con este método y conducta he podido dar á cada voz galo-latina su correspondiente hispano-latina. Lo mismo he hecho con las

Dice mucho de la preocupación que en sus últimos años tuvo Capmany con respecto a la pureza de la lengua española y a las malas traducciones el que, en 1811, en plena guerra contra Francia, y siendo diputado por Cataluña en las Cortes de Cádiz, se ocupara minuciosamente de rebatir el estilo afrancesado de dos proclamas escritas por su compañero de partido, Quintana. Nos estamos refiriendo a la *Carta de un buen patriota*<sup>49</sup>, en la que el catalán critica a aquél por sus “solecismos, barbarismos, galicismos, afeytes ...” y porque “parece que se mira todas las mañanas en el diccionario frances como en un espejo”, empeñándose “en hacernos marchar á la francesa, porque esta es la marcha de su estilo, que no conoce la andadura, ni el órden la carrera, ni el curso, por no llevar jamas paso castellano”<sup>50</sup>.

Este celo lingüístico continuará en la edición de 1812 de la *Filosofía*, donde vuelve a culpar a las malas traducciones de la decadencia del idioma español, pero distinguiendo con equilibrado juicio, tal y como hemos adelantado, el beneficio que éstas nos han proporcionado en el campo del pensamiento frente al perjuicio ocasionado en el ámbito de la elocución, culpando una vez más a los traductores que escriben en castellano según la sintaxis o expresión extranjera. La solución que ofrece nuevamente consiste en la lectura de nuestros “autores antiguos”, precisamente los autores de los que se vale para ejemplificar las figuras de este tratado de retórica,

---

voces galo-grecas... Para no dexar desayrada nuestra lengua, y para hacerla campear en todos los casos en que campéa la francesa; aun en el vocabulario comun, que es distinto del didáctico y científico, me he tomado la libertad de valerme de voces, y tambien de frases proverbiales, muy corrientes y usuales, aunque no tengan la autoridad de nuestros diccionarios, pues en ninguno de los publicados hasta hoy les ha tocado lugar”. A. CAPMANY, *Nuevo Diccionario op. cit.*, pág. XXII.

<sup>49</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Carta de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla, escrita a un amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*. Fecha 18 de mayo de 1811, Cádiz, Imprenta Real, s. a.

<sup>50</sup> *Ibid.*, págs. 4, 13 y 8-9 respectivamente. Una respuesta a este celo lingüístico de Capmany vendría de El Maestro de Escuela de Polopos, *Carta al buen patriota disimulado en Sevilla, Gramático por Excelencia, incansable crítico de Proclamas, etc.*, Imprenta del Estado Mayor General, 1811, en la que el autor (Martínez de la Rosa, según Dérozier) dirigiéndose a Capmany, al que llama “disimulado”, dice así: “... à ver si logra ver purgada á nuestra lengua; y que metidos en el nido todos los escritores, por temor al Disimulado, quede Vd. solo, como el ave Fènix, volando por los campos de la literatura española” (pág. 7).

Los ataques de Capmany a Quintana tenían como origen determinadas rencillas personales que posteriormente explicaría el primero en su *Manifiesto de D. A. de Capmany en respuesta a la contextación de D. Manuel José Quintana*, Cádiz, Imprenta Real, 1811. La interpretación que de esta polémica efectúa Dérozier en su libro, ALBERT DÉROZIER, *Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Turner, 1978, merece ser revisada, ya que, merced a una actitud benevolente para con su biografiado, presenta una imagen muy negativa de Capmany, lo cual se podría poner en duda a la luz del *Manifiesto* mencionado (que Dérozier cita pero no toma en consideración), escrito en el que la imagen de Quintana aparece muy poco beneficiada.

que como principal novedad con respecto a la primera edición presenta precisamente la inclusión de abundantes ejemplos de literatos españoles, de los siglos XVI y XVII fundamentalmente, que, en definitiva, son casi exactamente los mismos que reprodujo en su *Teatro*.

#### MODELOS DE LENGUA

En el *Comentario al Doctor Festivo* Capmany critica a los que piensan que no se puede escribir mejor de como lo hicieron los “antiguos Españoles” y rechaza la opinión de que un discípulo no puede “sobrepasar al Maestro”<sup>51</sup>. Son numerosos los pasajes de esta obra en los que el escritor catalán se pronuncia a favor de los autores de su propio siglo, pero es importante advertir que se está refiriendo fundamentalmente al campo de las ideas, y no al de la literatura. Es decir, está pensando en modelos de pensamiento más que en modelos de lengua.

En los *Discursos analíticos*, también de 1773, habla ya del modelo de lengua, aunque no cite a ningún autor en concreto: “Compárese aquel estilo sublime, porque se perdía de vista, afectado, lleno de delirios metafóricos, cargado de perifrasis pueriles, y de obscuridades dialecticas, que en el siglo pasado pervirtió el gusto de la elocuencia: compárese, vuelvo á decir, con el estilo natural, fluido, y metódico, lleno de solidez, nobleza, y de una simple magestad, con el qual se visten los escritos modernos de nuestra lengua. Esta innovacion en la pureza de la expresion y del estilo, ha venido de la imitacion de los buenos exemplares de este siglo pensador, que ha reformado el gusto y el entendimiento, y por consiguiente el modo de raciocinar”<sup>52</sup>. Con estas palabras se rechaza el estilo afectado del periodo barroco y se defiende la naturalidad de los escritores modernos, franceses sin duda, imitados con acierto por los españoles. Asimismo, Capmany parece seguir pensando en obras de pensamiento y no literarias cuando propone su modelo de estilo.

Esta decidida defensa de los autores contemporáneos como modelos de

<sup>51</sup> A. CAPMANY, *Comentario al Doctor Festivo*, *op. cit.*, pág. 186. La conocida cuestión antiguos-modernos, tan discutida en el siglo XVIII y en la que Capmany tomó parte decantándose por estos últimos, estaba relacionada con el tópico del “progreso de las ciencias y las letras”, tema debatido en este siglo y del que se ocuparon particularmente los tratados de Retórica y Poética. Dicho tópico admitía dos puntos de vista: por una parte se creía que tanto el pensamiento como la literatura avanzaban paralelamente y por otra se defendía que junto a un progreso rectilíneo en las ciencias se daba un progreso cíclico en la literatura, con fases alternas de perfección y decadencia. A este respecto véase MARIO PUPPO, *Crítica e linguística del settecento*, Verona, Fiorini, 1975.

<sup>52</sup> J. SEMPERE Y GUARINOS, *Op. cit.*, págs. 142-143.

lengua continúa en la primera edición de la *Filosofía*, donde a pesar de servirse principalmente de clásicos de la antigüedad para sus ejemplificaciones retóricas, lo cual debía obedecer al menor esfuerzo que ello suponía para la redacción de la obra, se manifiesta nuevamente como un radical defensor de los escritores modernos a los que elogia repetidamente.

Es en el *Teatro* donde Capmany, participando de una opinión defendida igualmente por otros escritores españoles de entonces, descubre el valor de nuestra literatura del Siglo de Oro y donde propone autores de esta época como modelos de estilo. Ya hemos hablado de la influencia que en este cambio de Capmany tuvo la polémica desatada a raíz del artículo de Masson. Aunque el escritor catalán es consciente de que la lengua española no ha sido particularmente agraviada, considera necesario sostener la antigua reputación de España, adquirida precisamente “quando la lengua española era codiciada y aprendida como adorno de moda entre los cultos cortesanos de Francia, Inglaterra, Italia, y Flandes”<sup>53</sup>. Su participación en la polémica consiste en el elogio de nuestro idioma como parte integrante de los valores españoles. Para ello se ocupa de buscar buenos escritores españoles que serán propuestos como modelos de estilo.

Después de criticar la mala elección de modelos y ejemplos realizada hasta el momento por los apologistas o retóricos españoles, pasa a proponer los suyos, explicando que éstos, en años anteriores, han sido buscados excesivamente entre los poetas, descuidándose así los prosistas. Es de destacar este esfuerzo de Capmany que, en consonancia con las preferencias mostradas en obras anteriores para con escritos del campo del pensamiento, intenta modificar la tendencia a defender nuestra lengua apoyándose fundamentalmente en “obras amenas y de ingenio”, proponiendo, a cambio, de acuerdo con los ideales ilustrados, escritos en prosa y un tipo de literatura más civil: “ni la nacion española ni su rica y magestuosa lengua deben su celebridad solo á la poësia, sino tambien á la prosa: ... podemos juntar un número tan grande de eloqüentes escritores prosaycos en todos los generos, que seguramente ninguna nacion moderna puede oponernos otro igual de tan aventajados en el manejo de su lengua patria”<sup>54</sup>. Así pues, el *Teatro* propone

<sup>53</sup> A. CAPMANY, *Teatro*, op. cit., pág. II.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pág. VII. Los autores elegidos como modelos por Capmany son los siguientes: autor anónimo del *Poema del Cid*, Berceo, Juan Lorenzo, Alfonso X, Juan Manuel, P. López de Ayala, Fernán Gómez de Ciudad Real, Alfonso de la Torre, F. Pérez de Guzmán, Fernando del Pulgar, Mosén Diego de Valera, Isabel la Católica, Juan López Palacios, F. Pérez de Oliva, Antonio de Guevara, Luis Mexía, Pedro de Rúa, Francisco Cervantes de Salazar, Francisco de Villalobos, Alexo Venegas, Luis de Ávila y Zúñiga, Pedro Mexía, Florián de Ocampo, Juan de Ávila, Hurtado de Mendoza, Fray Luis de Granada, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Fray Diego de Estella, Fray Luis de León, Malón de Chaide, Fernando de Zárate, Antonio Pérez, Fray José de Sigüenza, Fray Diego de Yepes, Fray Juan Mázquez, Martín de Roa,

casi exclusivamente modelos en prosa, muchos de ellos proceden de obras no estrictamente literarias, sino de contenido político, histórico, moral, militar, etc. Esta obra de Capmany comparte la tendencia ilustrada a alejarse de la excesiva inclinación anterior hacia el formalismo y que literariamente se manifestaba en la predominante composición de escritos poéticos y teatrales.

En dicha obra se continúa rechazando como modelos a los autores barrocos, en cuya época “la España se inficionó de la vana erudición” y en la que se escribieron aquellas obras de “extremada é interminable verbosidad”<sup>55</sup>, carentes de ideas propias. Resumo a continuación los modelos que Capmany propone en su *Teatro*: el volumen primero reproduce fragmentos de escritos medievales hasta la época de los Reyes Católicos, el segundo está dedicado a autores del reinado de Carlos V, el tercero a escritores de la época de Felipe II, el cuarto es para los años de Felipe III, el último volumen incluye seis escritores del reinado de Felipe IV y uno de los años en que gobernó Carlos II. El escritor catalán cita como épocas de evidente decadencia en el uso de la lengua las de los reinados de Felipe IV y Carlos II, a pesar de lo cual ocupa su tomo quinto con autores que escribieron en estos años. Con respecto a los escritores de su propio siglo, prefiere no tenerlos en cuenta, aduciendo que serán juzgados con más imparcialidad en el futuro<sup>56</sup>.

Hemos de llegar hasta el *Telémaco* para hallar de nuevo unas breves reflexiones sobre nuestros modelos de lengua: en una de sus diatribas contra los malos traductores piensa que “á los tales se les debía recetar, en castigo de su apostasía, dos años de lectura diaria de buenos autores castellanos en prosa y verso”<sup>57</sup>. En efecto, Capmany propone ahora fragmentos en verso como modelos de estilo; los poetas elegidos son Boscán, Garcilaso, Herrera, Fray Luis de León, Ercilla, Jáuregui, Argensola, Lope, Góngora y Villegas.

---

Juan de Mariana, Bart. León de Argensola, M. Cervantes Saavedra, Francisco de Moncada, Quevedo, Carlos Coloma, Diego Saavedra Fajardo, Gracián, Nieremberg, Antonio de Solís.

<sup>55</sup> *Ibid.*, págs. XIV y XXVIII. Capmany participa así en la discusión acerca del origen del mal gusto barroco, defendiendo a España de las acusaciones que la señalaban como punto de partida del mal: “era éste un contágio general en toda Europa, del qual no es facil señalar su primer impulso, puesto que las naciones se atribuyen esta contaminación unas á otras”. *Ibid.*, pág. XIV.

<sup>56</sup> Capmany, que como hemos visto ordena los autores elegidos según la monarquía bajo la que escribieron, incluye en su selección a autores de la época barroca como Quevedo y Gracián. Lope y Calderón, no incluidos en su relación, son criticados a propósito de uno de sus elogios al “genio alegórico de unos rústicos”, dice así: “Veamos ahora si nuestros Lopes y Calderones hicieron muchas alegorias tan faciles, naturales, y arregladas (como las hechas por los rústicos), en medio de tantas violentas, afectadas, y desatinadas que nos han dexado”. *Ibid.*, pág. CIX.

<sup>57</sup> A. CAPMANY, *Telémaco*, *op. cit.*, pág. VIII.

A pesar de la inclusión de Lope y Góngora su opinión con respecto a la época barroca permanece igualmente crítica <sup>58</sup>.

El cambio más importante que la *Filosofía* de 1812 presenta con respecto a la de 1777 consiste precisamente en la abrumadora inclusión de ejemplos tomados de autores castellanos. En la primera edición la ejemplificación con modelos españoles era casi inexistente, mientras que en la segunda éstos pasan a ocupar el primer lugar, duplicando, incluso, los ejemplos de autores de la antigüedad clásica, que en 1777 constituían la gran mayoría. Si bien esto supone una novedad con respecto a la edición de Madrid, no lo es con respecto al *Teatro*, ya que los escritores españoles propuestos como modelos en esta obra coinciden fundamentalmente con los elegidos en la *Filosofía* publicada en Londres <sup>59</sup>. Por otra parte, mientras que la utilización de modelos de estilo españoles en el *Teatro* fue justificada por Capmany como demostración del valor de nuestra lengua ante los ataques provenientes del extranjero y para remediar las deficientes selecciones que los apologistas y retóricos efectuaban, ahora la inclusión de dichos modelos de lengua es justificada esencialmente como intento de mejorar nuestro idioma, viciado por culpa de las malas traducciones, idea ésta que, aunque ya se encontraba en 1786, ha pasado a ocupar un lugar privilegiado ante la progresiva descomposición del castellano, constatada paso a paso por nuestro autor, gracias, sobre todo, a su trabajo como censor en la Real Academia de la Historia.

\* \* \*

Una indagación exhaustiva sobre Capmany y la lengua comprendería otros problemas con los que se enfrentó a lo largo de su obra: origen del castellano, relación español-latín, gramáticas y diccionarios de la lengua española, sinonimia, uso, etc. Pero, como decíamos, nuestra intención ha sido ocuparnos sólo de argumentos relacionados con el elogio del castellano. Resumiendo la evolución de sus actitudes con respecto a éste, hemos observado que el catalán en sus comienzos se mostraba bastante crítico con la lengua española, a la que consideraba inferior al francés, idioma del cual admitía valerse de ciertos "rasgos" para enriquecer el castellano, sosteniendo que el español había mejorado en los últimos años gracias a las traduc-

---

<sup>58</sup> A propósito de los poetas de los siglos XVI y XVII reeditados en el siglo ilustrado, véase el trabajo de M.<sup>a</sup> TERESA BAUTISTA MALILLOS, *Poesías de los siglos XVI y XVII impresas en el siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1988. En él comprobamos que todos los poetas elegidos por Capmany fueron reeditados en el siglo XVIII. Asimismo, la mayoría de los críticos de la época solían proponer como modelos a estos mismos escritores.

<sup>59</sup> La principal diferencia consiste en que la *Filosofía* no se sirve para sus ejemplificaciones de los autores medievales que incluía el *Teatro*.

ciones de obras francesas. Poco a poco su opinión sobre el estado de nuestra lengua es más pesimista, pasando a pensar que ésta iba decayendo precisamente por culpa de las malas traducciones y por la aceptación de determinados rasgos del francés. Concretamente el patriotismo de Capmany se despertó a raíz de las controversias ocasionadas por Masson de Morvilliers y se desarrollaría posteriormente, como sucedió con tantos otros intelectuales, como consecuencia de la Revolución Francesa; así, el problema de la lengua sería abordado como una cuestión nacional en el *Teatro*, en el que defiende la superioridad del español y señala sus cualidades naturales y sus buenos escritores, que encuentra fundamentalmente en el Siglo de Oro. Esta concepción nacionalista se evidencia también en su evolución con respecto a las palabras técnicas, cuya introducción a través de las traducciones del francés comienza recomendando para pasar después a proponer y poner en práctica la creación de este tipo de vocablos a partir del latín, griego y del vocabulario español de la lengua hablada. De cualquier modo, esta evolución desde actitudes galófilas hacia posiciones más patrióticas, fue menos radical de lo que críticos como Menéndez Pelayo han pretendido<sup>60</sup>.

Es verdad que, como hemos visto, el Capmany inicial, consciente del retraso español, era partidario de la introducción en nuestro país del pensamiento y cultura europeos, de ahí sus elogios para con Francia. También es verdad que en sus últimas obras se muestra como un gran defensor de la lengua y cultura españolas, así como crítico con Francia. Pero ni en una ni en otra actitud existe radicalismo: en sus obras iniciales también defendía las cualidades de la lengua española, y en las últimas seguía reconociendo la superioridad de los escritores franceses. Todo ello no obsta para que en sus últimos escritos encontremos frases que muestran un elevado patriotismo y galofobia, pero una interpretación adecuada de éstas requiere una especial atención al contexto histórico en el que se producen: la invasión napoleónica y la guerra contra Francia le empujaron a adoptar una nítida posición política antifrancesa, pero esto no le impidió conservar el buen sentido y la mesura en el campo filológico, en el que a pesar de experimentar una evolución hacia un mayor reconocimiento de nuestra lengua y literatura, debido a un mejor conocimiento de las letras españolas, no dejó de admitir la valía de los escritores franceses y los beneficios que en el ámbito de las

---

<sup>60</sup> Dice el citado estudioso que Capmany “comenzó por ser adorador de la cultura francesa, galicista empedernido y campeón del neologismo, y acabó llevando hasta los límites de la pasión y de la manía el culto de la lengua”. Refiriéndose a los ataques contra la lengua francesa y sus escritores afirma que “Capmany, yéndose de un extremo a otro, también reprehensible, no conoció que la lengua castellana vale bastante por sí para no necesitar del baldón ni del vituperio de ninguna otra”. M. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, I, págs. 1353 y 1354 respectivamente.

ideas habíamos obtenido gracias a sus traducciones, tal y como expresa en su última publicación filológica, la *Filosofía* de 1812.

Así pues, Capmany no es un escritor "a quien estamos acostumbrados a mirar como tipo de la intolerancia castiza" <sup>61</sup>. Es cierto que desde una posición favorable al neologismo pasó a manifestarse como un purista, pero ello no demuestra sino la lucidez de nuestro autor, que supo comprender las necesidades de España y de su lengua en cada momento histórico: en sus primeros escritos, después de tantos años de clausura nacional era positivo que defendiera la apertura al exterior, y con ella la disposición al mejoramiento de nuestra lengua; con el paso de los años, y ante la evidencia del relativo perjuicio ocasionado a ésta por esa influencia exterior, concretamente por las traducciones, era lógico que propugnara el fin de dicha apertura. No compartimos la posición de Menéndez Pelayo cuando valora positivamente al último Capmany, menospreciando al primero. Si de enjuiciar la labor de éste se tratara, aparte de señalar el *Teatro* como el punto culminante de su producción, habríamos de elogiar su actitud inicial y justificar la de sus últimos escritos <sup>62</sup>.

---

<sup>61</sup> *Ibid.*, pág. 1354.

<sup>62</sup> La cuestión que debatimos nos sugiere un paralelismo entre la descrita evolución de Capmany, desde la defensa del neologismo hasta el purismo, y los cambios ocurridos en el Siglo de Oro, en el que desde la inicial intención de enriquecer la lengua española a través de neologismos tomados generalmente del latín (los motivos eran fundamentalmente estéticos y no científicos como en el siglo XVIII), se pasó, ante la evidencia de los excesos cultistas, a una reacción "purista" en defensa de la claridad y contraria a la utilización de vocablos extraños. Evidentemente la finalidad de Villalón, Ambrosio de Morales, Herrera, Francisco de Medina, etc. tenía su justificación: enriquecimiento del castellano, pero igualmente la tenía la reacción que suscitó.